

## PREFACIO

### NOS QUEDAMOS EN CASA

En 1348 la peste se propagó por Florencia, la más bella de todas las ciudades de Italia. Algunos años antes, este flagelo se había hecho sentir en diversas comarcas de Oriente, donde quitó la vida a una cantidad prodigiosa de gente. Sus estragos se extendieron hasta una parte del Occidente, de donde nuestras acciones inicuas, sin dudas, la trajeron a nuestra ciudad. Allí, en muy pocos días, hizo progresos rápidos pese a la vigilancia de los magistrados.<sup>1</sup>

Lo hemos olvidado.

Para nosotros, esa peste ya no es más que el pretexto del que se sirvieron algunos jóvenes, mujeres y hombres, para encerrarse diez días en un espléndido castillo donde narrar, cada uno por turno, las historias, a veces subidas de tono, que nos refiere Bocaccio en su *Decamerón*. Del mismo modo, la epidemia que se desploma sobre Londres en 1665 es lo que le permite a Daniel Defoe, tras las aventuras de Robinson Crusoe, publicar una nueva obra exitosa: el *Diario del año de la peste*.

Sin embargo, el contenido de este *Diario* resuena hoy extrañamente. Fuga de la ciudad o confinamiento en su casa prefiguran nuestras conductas del año 2020, al igual

---

1. Bocaccio, *Décameron*, París, Prodifu, 1979. [El *decamerón*, varias versiones en castellano. Salvo indicación en contrario, todas las traducciones de las citas textuales son del traductor de la presente obra.]

que el almacenamiento de provisiones y la inquietud del contagio por enfermos que no saben que han sido infectados. Del mismo modo, el recuento de las personas enfermas, la vigilancia y la progresión de la epidemia barrio por barrio y de su transmisión en todo el país por aquellos que abandonaron la ciudad, así como las órdenes que dieron las autoridades —para clausurar las casas, requisar a los cirujanos, secuestrar a los enfermos, sostener la economía e impedir que se disparen los precios—, parecen muy actuales.

Ya no creemos, como Bocaccio, que fueron nuestros pecados los que atrajeron la enfermedad o, como Daniel Defoe, que si bien el origen y la propagación de la peste son naturales, sin embargo dependen de la potencia divina, que se “complace en actuar sirviéndose de las causas naturales”.<sup>2</sup> No obstante, tal vez habíamos tenido demasiadas esperanzas de que la ciencia y la técnica habían acabado con esas amenazas. La epidemia ya no se contenta con ser el decorado de las aventuras del héroe esbozado por Jean Giono o la admirable metáfora utilizada por Albert Camus.<sup>3</sup> En adelante, entre la peste y el cólera hay un coronavirus.

Como medida de protección se dio la orden de quedarse en casa. Y como siempre ocurre, como en el cuento, el relato, las aventuras o la novela, la casa es un refugio. Entonces ocupa plenamente su función primaria, aquella que descubre el recién nacido al pasar de los brazos ma-

---

2. Daniel Defoe, *Journal de l'année de la peste*, París, Gallimard, “Bibliothèque de la Pléiade”, 1959, p. 1082. [*Diario del año de la peste*, varias versiones en castellano.]

3. Jean Giono, *Le Hussard sur le toit*, París, Gallimard, “Folio”, 1995; Albert Camus, *La Peste*, París, Gallimard, “Folio”, 1990. [Hay versiones en castellano: *El húsar en el tejado*, trad. de Francesc Roca, Barcelona, Anagrama, 1998; *La peste*, varias ediciones en castellano.]

ternos a la cuna, luego al descubrir las paredes que se le vuelven familiares, aquellas reales o soñadas, de una casa natal. Más tarde es una casa de la que sabrá entrar y salir. Se va acostumbrando a los diferentes espacios, íntimos o compartidos; allí encuentra su imagen del cuerpo, su estilo de relación con el otro. Es la casa que llevamos en nosotros, y se conjuga con la que habitamos, la mayoría de las veces en compañía de nuestros allegados. Con ellos vivimos entre las paredes que narran su historia, compartimos el mobiliario traído por unos y otros, el decorado que a veces contiene la huella de ocupantes de antaño, todo cuanto forja el alma de una casa, el inconsciente del inmueble en el que vivimos. Nueva peripecia para las construcciones más antiguas, experiencia inédita para las construcciones jóvenes, el confinamiento casi no perturba la estructura de la casa; pero la pone a prueba.

La casa es un refugio. Sin embargo, este no tiene la misma coloración, no se inscribe en la misma relación transferencial —para hablar como psicoanalista—, según sea elegido u obligado. Cuando un niño es enviado a su habitación, no es la misma cosa que cuando él decide ir. Prohibirle salir es un castigo. Durante el confinamiento de 2020 en Francia, el certificado de desplazamiento excepcional que se debe llenar antes de cualquier salida se parece a una nota de disculpa. Franquear la puerta, habitualmente bajo el control de los habitantes, que pueden salir según su voluntad y escoger a quien dejan entrar en su hogar, está sometido a una regla que ellos no controlan, aunque la acepten y comprendan. La puerta está cerrada. El refugio está clausurado. Reina una prohibición. Lo que se transforma es la economía de la casa.

Salvo que se viva en un monasterio o se padezca la coerción de la prisión o del hospital, habitar en un lugar no implica la reclusión. La casa está abierta; y para una

gran mayoría de individuos, la existencia cotidiana transcurre en el exterior. A los gatos domésticos en ocasiones les disgusta una presencia constante de humanos en su espacio. Ellos, como los hombres y las mujeres que los rodean, necesitan aprender a compartir su residencia. Así, los ocupantes establecen toda una estrategia de ocupación de la casa. Esta atañe al reparto en el tiempo del goce de los diferentes espacios, como el de las tareas que deben efectuar —el aprovisionamiento y la constitución de reservas de provisiones, de los productos necesarios para el mantenimiento de la vivienda y de las personas, la preparación inédita de comidas que hasta entonces se hacían en restaurantes o bares diversos—, las innumerables elecciones y decisiones que se deben operar para limitar los conflictos aceptando la parte narcisista del otro, las cosas a las cuales les parece imposible renunciar.

Se develan entonces las cualidades inadvertidas de la casa: lo que torna fácil o difícil la cohabitación permanente; pero también aquello que, para un sujeto, representa la casa, la manera en que la habita y en que es habitado por ella. Este entrecruzamiento entre la arquitectura real de un inmueble y su construcción imaginaria constituye lo que yo llamaría *el inconsciente de la casa*, que es propio de cada uno y compartido por todos; y se comprende que, cuanto mejor es compartido, tanto más fácil es vivir en la casa. Es así como pueden parecer necesarios ciertos acondicionamientos, que atañen tanto a la utilización de las piezas, la disposición de los muebles como a la representación en sí de la habitación. Los gatos aprenden a compartir el sofá durante la jornada.

La reclusión es un aislamiento, mientras que el confinamiento es un encierro: si bien la casa está cerrada, no por ello están proscritas las relaciones con el mundo exterior. En este comienzo del siglo *xxi*, es principalmente mediante

las conexiones informáticas como el mundo es invitado al interior. Las pantallas ya no se contentan con ser ventanas, puesto que aquel o aquellos a quienes veo me ven. Es la oficina, la escuela la que ocupan un lugar en mi casa. Y yo puedo compartir un aperitivo con amigos, discutir con mis padres o mis hijos en su propio hogar mientras que ellos visitan el mío, mostrarles el último plato que cociné, así como ellos me hacen partícipe de sus hazañas culinarias, e incluso tener más intercambios cómplices con aquel o aquella cuya presencia a mi lado me hubiera gustado.

El psicoanalista, por su parte, sigue siendo discreto. Si bien no todas las sesiones fueron suspendidas, como ocurre en las vacaciones, el intercambio se limita a la voz para aquellas que prosiguen. La exploración del mundo fantasmático es trabada por aquella de la realidad. Tal psicoanalista que le propone a un niño continuar su cura utilizando una aplicación de video rápidamente renuncia después de que el varoncito, Edipo triunfante, ¡le muestra el baño donde se encuentra su madre!

En todos los casos se trata de precaverse de la confusión de los espacios. Por regla general, las viviendas contemporáneas comprenden una parte dedicada a la recepción de los visitantes, mientras que otra es más íntima. Entrada, salón, comedor o sala de estar se distinguen del dormitorio, aunque esto sea menos visible en los lugares donde los tabiques fueron suprimidos. Y si bien la distinción es difícil en el espacio medido de una pequeña vivienda, esta se hace en el tiempo. Visitar al ocupante de un monoambiente a la tarde no constituye una intrusión, como podría serlo en la mitad de la noche; durante el confinamiento, los cursos del colegio o del secundario no transcurren fuera de los horarios escolares habituales, incluso por internet. Así, el inconsciente de la casa es respetado.

“Cada uno en su casa se acondiciona un espacio de trabajo. Una redactora requisita los pupitres de sus dos hijitas para hacerse una oficina en la sala. Una editora pone cables y monta una tienda en su jardín”, explica un periodista al informar acerca de las conferencias de redacción en video de su periódico, durante las cuales “la aparición imprevista de un niño o de un gato en la pantalla, un intercambio un poco intenso con un cónyuge cuando el micro quedó abierto”, desencadenan una risa colectiva.<sup>4</sup> Si los avatares de las videoconferencias, a imagen de los lapsus y actos fallidos, pueden provocar hilaridad o molestia, la seriedad está a la orden del día. “Durante las clases virtuales se han señalado comentarios y comportamientos desplazados, que serán tratados y sancionados como corresponde”, previene el director de un gran colegio secundario parisino en un mensaje a los padres de los alumnos.

Todo lugar lleva consigo sus costumbres, con un perfume superyoico. Aquellas de los espacios de trabajo, como aquellas del placer, no se confunden con los principios que reinan en la casa. Quedarse en su casa implica transportar, durante un tiempo, usos que no pertenecen al hogar: nada de niños en una reunión profesional, y en clase hay que comportarse. Hasta lo que preconizan algunos psicoanalistas de instalar la computadora del profesional en la parte alta del diván, con la cámara vuelta hacia el panorama que ve el paciente acostado, contemplando entonces el analista el dorso de su computadora. No se especifica, a tal punto esto parece evidente, que el analizante debe entonces aislarse. Los aperitivos virtuales se toman al atardecer, cada uno sentado en su sofá, a veces un balcón reemplaza

---

4. Gilles van Kote, “*Le Monde au temps du coronavirus*”, *Le Monde*, 27 de marzo de 2020.

la terraza del bar; las maratones por etapas se corren el fin de semana en una sala transformada en pista.

No obstante, romper durante un instante con los principios de la casa no conduce a suprimirlos. El inconsciente de la casa, que permite la vida en común, puede soportar un tiempo esa intrusión del mundo exterior. Sin embargo, no podría soportar, a riesgo de provocar una rotura del grupo, que la clausura de la casa se borre definitivamente, que sus paredes se vuelvan permeables. La casa protege a cada uno de la enfermedad, pero también protege a los que viven en ella\*.

Abril de 2020

---

\* En el original *maisonnée*, véase N. del T. de p. 26 [N. del T.].





## PRÓLOGO

Él se acuerda de su primera casa. Se trata de una suerte de estudio acondicionado en una casa antigua de la ciudad, para él el más bello de los palacios. Un cartón apoyado en un taburete constituye una espléndida biblioteca, una manta llamativa traída de un viaje lejano transforma la cama, y un póster psicodélico alegra la pared un poco apagada. Abandonaron sus habitaciones de estudiante para vivir juntos. Basta de reglamento de la ciudad universitaria; las coerciones del alquiler compartido, las miradas de sus padres desaparecen. En adelante, cada uno de ellos puede decir “estoy en mi casa”, y juntos les anuncian a sus amigos: “Estamos en nuestra casa”. Pueden entrar, salir, comer, trabajar, dormir, amarse cuando quieren.

La casa es un envoltorio. Protege; permite los intercambios. Podemos escoger quién entra en ella, y los allanamientos son violaciones. En los sueños a menudo representa nuestro cuerpo. “Las que tienen paredes enteramente lisas son hombres; las provistas de salientes y balcones en los que uno puede sostenerse son mujeres”<sup>1</sup>,

---

1. Sigmund Freud, *Leçons d'introduction à la psychanalyse*, OCF. P. XIV, p. 157 (en esta forma anotaremos las referencias a las *Œuvres complètes de Freud. Psychanalyse*, París, PUF, 1991-2015, 20 vol.). [Hay versión en castellano: “Conferencias de introducción al psicoanálisis”. Todas las obras citadas de Freud (con excepción de algunas que reúnen sus cartas) corresponden a las *Obras completas* de Sigmund Freud, trad. de J. L. Etcheverri, Buenos Aires, Editorial Amorrortu. Solo agregaremos —además del título— el volumen y el año correspondiente a su edición (y su paginación, en caso de que transcribamos una cita textual); en este caso, vol. 15, 1991, p. 139.]

observa Sigmund Freud. Esto es confirmado, añade, por la lengua popular alemana: de una mujer con pechos generosos se dice que tiene lo que hace falta para que uno se quede. El francés es todavía más explícito con la expresión, hoy totalmente incorrecta, "*Il y a du monde au balcon*"\*.

Sin embargo, la casa se comparte. Acomat, ese analizando que refiere el recuerdo de su instalación, evoca al mismo tiempo a la joven con la cual fundó un hogar. Salvo que uno viva como un ermitaño, nunca está solo en su casa. Esta contiene una familia\*\*, así no fuera sino por los recuerdos que dejaron quienes allí vivieron; así se crea su alma. Los deseos, expresados o silenciosos, de quienes allí habitan se cruzan, se encuentran, se oponen; así se fabrica el inconsciente de la casa.

La casa es un refugio, pero conserva una parte de misterio. Un piso que cruje es quizá un fantasma que pasa; un objeto largo tiempo perdido y encontrado es todo un pasado que resurge. Y Pulgarcito, que espera haber encontrado un asilo, se da cuenta de que está en la casa de un ogro; y Caperucita Roja que hizo mal al abrir la puerta de su abuelita.

Nosotros habitamos una casa como habitamos nuestro cuerpo y vivimos en el mundo, con nuestras creencias, nuestros temores, nuestras alegrías y también toda nuestra historia pasada y nuestras esperanzas venideras. Si la casa tiene un alma y un inconsciente es porque hombres y mujeres no dejan de construirla.

---

\* Hay gente en el balcón, literalmente, que puede traducirse como "tener una buena delantera". [N. del T.]

\*\* En el original *maisonnée*, véase N. del T. de p. 26 [N. del T.].

## 1. HISTORIAS DE CASAS



“¡Su apartamento se parece mucho al de Freud!”, me dice Hiltrude, una joven analizante al volver de un corto viaje a Viena. La afirmación solo es muy lejanamente justa, y yo mido toda su ambivalencia. Significa que no seré más que un doble al vestirme con los oropeles de un maestro, casi un impostor; o mucho mejor, una suerte de cangrejo que se desliza en un caparazón abandonado. “Sí, en realidad, sobre todo es la escalera del edificio la que es casi igual, porque en su casa no hay una colección de antigüedades y su sala de espera está llena de luz; en casa de Freud era más bien siniestro”, corrige. Hiltrude vivió mucho tiempo en países soleados; el horizonte de su casa natal es el océano Pacífico. De tanto en tanto se queja de la grisura parisina. También comprendo que no se contentó con visitar Berggasse 19 en Viena —el apartamento está ahora casi vacío—, también conoce las fotos del consultorio de Freud, repleto de estatuillas egipcias, griegas o romanas que son hoy el orgullo de la última casa del padre del psicoanálisis, en Londres, Maresfield Gardens 20.

## UN ENCUADRE SILENCIOSO

La casa, el apartamento donde reside el analista, o bien el consultorio reservado al uso profesional, a veces compartido con otros, constituyen el encuadre silencioso del psicoanálisis. Habitualmente, a la persona que viene a consultar se le anuncia la duración y la frecuencia de las sesiones y la tarifa. Pero el color de las paredes, la orientación del diván o la comodidad del sillón no forman parte de la prescripción. Otro tanto ocurre cuando visitamos a una persona, a unos amigos. Sabemos que vamos a tomar un café, a cenar, a discurrir con un obje-

tivo específico o no. Sin embargo, salvo que se trate del estreno de una casa, el plano del lugar, la calidad de la iluminación y de las cortinas, el orden o el desbarajuste no forman parte de los intercambios. A veces el decorado se venga. Tropezamos con un juguete; el polvo provoca los estornudos de un invitado; Marie Cardinal interpela así a su analista: “No tendría que dejar esa gárgola en su oficina, es espantosa. Ya hay bastante horror y miedo en la cabeza de la gente que viene aquí, no vale la pena cargar las tintas”.<sup>1</sup> En ocasiones son buenas sorpresas. Una persona aficionada se siente atraída por un pequeño jarrón de Gallé perdido en medio de chucherías sin interés. Una anticuaria, que había venido a exponer las dificultades de su hijo, al entrar en mi consultorio no puede dejar de prestar atención a los sillones destinados a los pacientes (cuando se atiende a niños se necesitan por lo menos dos para los padres), que están conmigo desde hace décadas y aparentemente se han convertido en butacas difíciles de encontrar.

No obstante, más allá de los objetos, es el conjunto de la casa en la cual penetramos la que da cuenta, sin que lo percibamos explícitamente, de la calidad, del estilo de sus ocupantes. La frialdad de un azulejado brillante puede dejarnos helados; la acumulación de muebles dispares no nos deja mucho lugar; en el seno de una disposición impecable, obra cuidada de un decorador, nos sentimos intrusos. Un poco de desorden muestra que los anfitriones no rezongan por recibir en cierta intimidad; del mismo modo, los psicoanalistas desconfían de los discursos construidos

---

1. Marie Cardinal, *Les Mots pour le dire*, París, Le Livre de poche, 1978, p. 129. [Hay versión en castellano: *Las palabras para decirlo*, trad. de Marta Pessarrodona, Barcelona, Noguer y Caralt, 2000.]

y saben esperar balbuceos y saltos de un asunto a otro antes de decidirse a recibir a un analizante.

## **LA CERTIDUMBRE DE LO QUE CONSTITUYE UNA CASA**

Para percibir las dificultades en el habla de un sujeto es necesario comprender el lenguaje en el cual se expresa. La evidencia de la lengua permite captar sus fallidos, así como la certeza de lo que constituye una casa hace posible comprender las particularidades de cada una. Hoy, en Francia, por regla general una casa comprende: una puerta de entrada, ventanas, un techo, un cuarto para la ducha y un baño, un espacio para la cocina y uno para dormir. El interior y el exterior son muy distintos; de noche, la iluminación es artificial. La habita una familia más o menos ampliada; más raramente, la comparten personas que se eligieron mutuamente. Así eran el apartamento de Freud en Viena y su casa en Londres. Esta estructura, habitual desde hace más de dos siglos, nos parece común y corriente.

La historia de la vivienda a través de los siglos puede aparecer como un lento movimiento hacia su configuración actual. Conocimiento de las reglas de construcción, dominio de los elementos encontrados en el entorno —madera, piedra, tierra— o invención de nuevos materiales —alfarería, cemento, hormigón, acero— marcan a partir de entonces sus diferentes etapas, concebidas como otros tantos progresos.

Así, el hombre sabe fabricar vidrio desde hace milenios; sin embargo, el vidrio para ventanas, del que se conocen escasos ejemplos en las termas romanas, no hace su verdadera aparición en arquitectura sino hacia

el siglo x: los vitrales de las catedrales. Las residencias ricas lo utilizan a partir del siglo xv; reemplaza la vejiga de puerco, el pergamino o la tela de lino aceitadas, e incluso, en los palacios antiguos más prestigiosos, las delgadas hojas de obsidiana o de alabastro. El vidrio transparente de Murano se propaga, vidrios y ventanas se agrandan, los culos de botella —discos de vidrio traslúcido— desaparecen. Lorenzo Lotto, en el siglo xvi, debe abrir una brecha en la pared de la casa de María para iluminar su *Anunciación*, porque los redondeles verdugos de un tragaluz casi no iluminan la escena. En el siglo siguiente, la luz que pone en valor *Una dama escribe una carta con su sirvienta* de Johannes Vermeer atraviesa una ventana con vidrios compartimentados; en los años veinte, la que ilumina los modelos de Matisse atraviesa una puertaventana. En 1952, el *Sol de la mañana* baña a esa mujer solitaria pintada por Edward Hopper; ella está frente a un ventanal, no hay ninguna abrazadera, ningún chasis: un agujero en la pared, ahora protegido por un vidrio.<sup>2</sup>

## EL ABRIGO DE LA HORDA

Una docena de seres con miembros pesados, con la piel de un amarillo lívido, el cráneo cubierto de pelos escasos y negros que caen sobre sus ojos, de uñas ganchudas, están agrupados, apretados unos contra otros, bajo

---

2. Lorenzo Lotto, *Anunciación* (alrededor de 1530), Recanati, Villa Colloredo Mels; Johannes Vermeer, *Una dama escribe una carta con su sirvienta* (1670-1671), Dublín, Galería Nacional de Irlanda; Henri Matisse realiza varias *Mujeres sentadas* en los años veinte; Edward Hopper, *Sol de la mañana* (1952), Columbus Museum of Art. Véase Béatrice Fontanel, *Nos maisons, du Moyen Âge au xx<sup>e</sup> siècle*, París, Seuil, 2010.



un árbol frondoso cuyas ramas bajas llegan al suelo y son retenidas con ayuda de terrones de légamo. [...] Todos, enlazados como un nido de culebras, están durmiendo, salvo uno de ellos, que está despierto y lanza en la oscuridad gritos lastimeros y prolongados para alejar a los animales perjudiciales. Cuando lo gana el sueño, va a despertar a uno de sus compañeros, que toma su lugar.<sup>3</sup>

¿Son hombres esos seres que no tienen un techo para protegerse, un hogar para calentarse, una casa?, se interroga Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc, en 1875, al comenzar su *Historia de la habitación humana*. Con seguridad, responde Freud algunas décadas más tarde, porque, ¿cómo no ver en ese grupo enlazado una expresión de la horda primitiva que el inventor del psicoanálisis pone en el origen de la humanidad? Una horda sin fe, ni techo, ni ley,\* bajo la férula de un padre feroz y omnipotente, que pronto es muerto por sus hijos, los hermanos coaligados que se reparten las mujeres y prohíben el incesto, fundando así la civilización, la familia, el hogar.<sup>4</sup> En la descripción imaginaria del arquitecto del Segundo Imperio, tal vez acaba de producirse el asesinato original. En efecto, la banda de uñas ganchudas y pelos

---

3. Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc, *Histoire de l'habitation humaine depuis les temps préhistoriques jusqu'à nos jours*, París, Hetzel, 1875, reimpresión Hachette-BNF, pp. 4-5. [Hay versión en castellano: *Historia de la habitación humana*, sin indicación de traductor, Buenos Aires, Editorial Víctor Lerú, 1945.]

\* En el original *sans foi, ni toit, ni loi*. El autor juega con una locución francesa que dice: *n'avoir ni foi ni loi* [no tener ni fe ni ley], que se traduce como "vivir al margen de la ley" (entre otras cosas). [N. del T.]

4. Véase Sigmund Freud, *Totem et tabou*, OCF. P XI. ["Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos", vol. 13, 1991.]